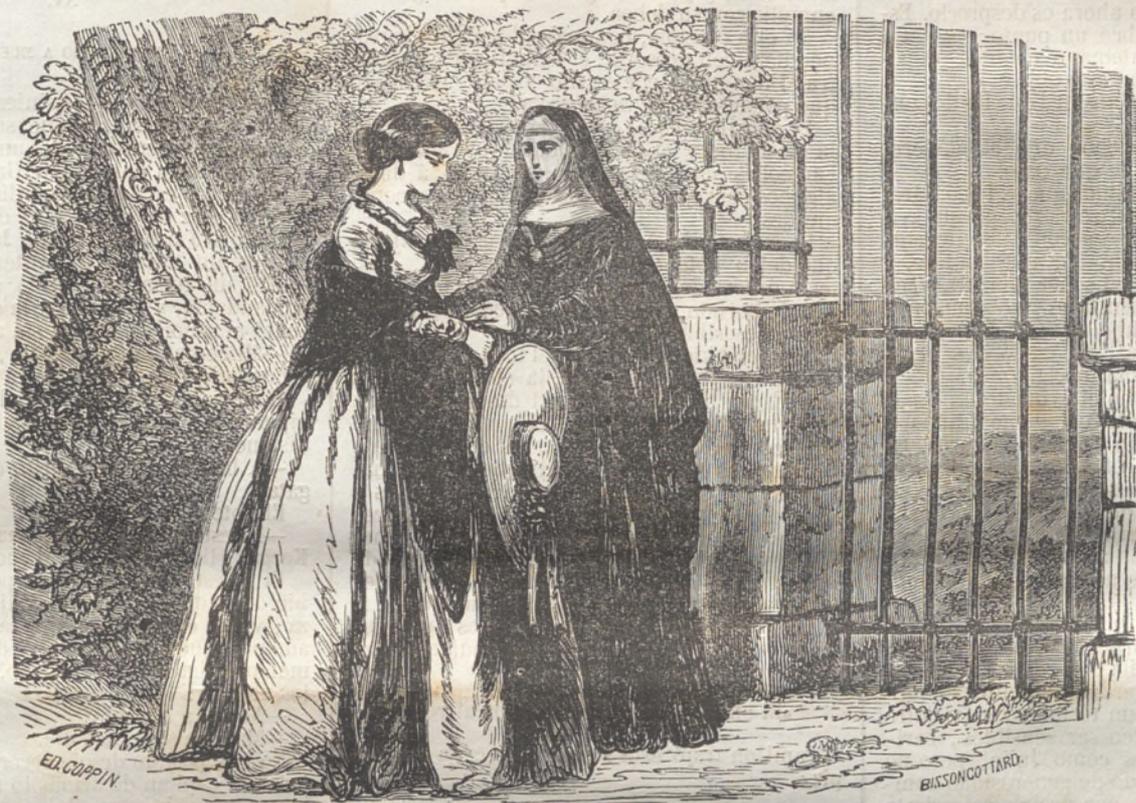


EL ALBUM DE LAS FAMILIAS.

PERIÓDICO SEMANAL.

Gratis á los suscritores del DIARIO DE BARCELONA. — Un número suelto un real.



Rogaremos juntas por vuestro noble amigo. (Pág. 57, col. 2).

SUMARIO.

ODIO Á BORDO, por G. DE LA LANDELLE.

LA CIENCIA PARA TODOS.

FÓRMULAS: Modo de imitar los vinos extranjeros — Modo de impedir la filtración de los vasos destinados á contener líquidos oleosos ó espirituosos cuando estos vasos son porosos ó hendidos.

ODIO Á BORDO.

POR M. G. DE LA LANDELLE.

SEGUNDA PARTE.

SOR AGLAE.

(Conclusion).

Antonina fué á visitar á sor Aglae, á quien amaba desde su viaje de Francia á la isla de Borbón, durante el cual la jóven criolla habia tomado parte con frecuencia en los ejercicios piadosos de las hermanas, y desde entonces la habia comunicado sus temores, sus esperanzas y su amor. La que fué un día hermana y desposada de Carlos de Pierremont, no soltó jamás una palabra amarga contra Emilio Fargeolles, pero ¡cuántas veces elogió el corazón generoso de Julio! Es verdad que de todas partes llegaban á oídos de Antonina elogios semejantes. Sin embargo, se quejaba amargamente de la partida de Julio Renaud.

—De él tan solo dependia el no partir, dijo:

el conde de Bellegrave, que tanto le ama y aprecia, tenia intencion de tomarle por segundo, y si Julio hubiera aceptado, estaria aquí y todos los dias vendria á casa donde mi padre le recibiria como á un hijo.

—Motivos poderosos le habrán obligado sin duda á renunciar á tanta dicha, dijo sor Aglae estremeciéndose.

El único motivo que contenia á Julio era su odio contra Fargeolles.

—¡Cielos!... añadió Antonina, abrigo horribles presentimientos, y tiemblo al pensar que está á bordo porque hay allí un hombre tan perverso!...

Sor Aglae no respondió, pero exhaló un prolongado suspiro.

—¡Ah! no conocéis como yo al señor Fargeolles, continuó Antonina: solo le visteis á bordo, pero ha estado dos meses en casa durante vuestro último viaje á Santa María, y no podeis figuraros en qué términos hablaba del señor Renaud. Solo hablaba mal de él, se burlaba sin cesar, inventaba mil calumnias odiosas mezcladas de chistes y le ridiculizaba constantemente. Nunca he creído sus palabras, pero desgraciadamente mi madre se deja cautivar por sus infames graciosidades.

—Antonina... hija mia... dijo sor Aglae dominando sus emociones. Rogaré... rogaremos juntas por vuestro noble amigo. Dios os le conserve!

¡Ah! la hermana de la Caridad recordaba que Dios no le habia conservado á su desposado Carlos de Pierremont.

Antonina no comprendió hasta mas adelante el doloroso sentido de sus palabras, hasta que una noche contó el conde de Bellegrave la trágica historia de los *Cordones de oro*.

—¡Cómo! murmuró, sor Aglae es Eglé de Pierremont!

Antonina se acordaba de su respuesta.

—Sor Aglae conocia á Fargeolles mejor que nosotros! pensó con tristeza; á Fargeolles que asesinó á su desposado, al amigo de Julio..... ¡Oh! ¡cielos! si llegaran á batirse otra vez!...

Acrecentáronse los temores de Antonina, é inclinó la cabeza para que no advirtieran su palidez. Era ya de noche y el señor de la Riziére y su hermana escuchaban con emocion al conde de Bellegrave que continuó:

—Mi mujer acogió á Eglé en mi casa y le hizo las veces de madre. Deseábamos consolar su dolor, y habíamos intentado hacerle agradable la vida, pero solo se resignó á vivir consagrándose á Dios.

—Aglae!... sor Aglae! pensaba Antonina, me parece que aun la amo mas!

No pasaba ningun dia sin que Antonina fuera á visitar á la angelical sor Aglae.

X.

LA TREGUA.

Aquí principia la última fase de una lucha encarnizada: la envidia, los celos y el odio habian llegado á hacer tan aborrecible á Far-

geolles, que hasta Julio Renaud perdió su carácter natural. Tanto en tierra como á bordo la perfidia era el arma del subteniente, y el teniente combatía á su adversario con la severidad militar. Cuando la corbeta se halló en alta mar, calculó las consecuencias del movimiento de ira que le encadenaba á bordo.

—Me he dejado coger en el lazo, pensó; el miserable ha contado con la indignación que cabe en un corazón ultrajado. Es preciso acabar de una vez.

Escribió á su enemigo la carta siguiente:

«Hasta ahora solo os despreciaba, pero no os odiaba: os desprecio ya y os odio. Guerra á muerte! entendeis? No haya cuartel. La primera vez que saltemos en tierra, uno de los dos no ha de volver á bordo.»

Papillon llevó esta carta á Fargeolles, que respondió:

«Yo os odiaba, pero ahora os desprecio. Estamos de acuerdo sobre un punto: guerra á muerte! Acepto de antemano cuantas proposiciones me hagais con este objeto.»

El grumete contó á Gaussard que los dos oficiales se habían escrito.

—Ojo avizor, muchacho, dijo el gaviero, alerta! cuéntame todo lo que pase.

—Mi amo me ha prohibido que os lo contara, respondió el grumete, pero conozco que quieren batirse otra vez y que será con mas encarnizamiento que en Borbon. Por este motivo, y sabiendo cuanto amais al señor Renaud, vengo á deciroslo y á consultaros, tío Gaussard.

—Has hecho bien, hijo mio; observa aparentando que nada ves, y cuando nos acerquemos á tierra, redobla tu vigilancia.

—Estad tranquilo, dijo el grumete.

Trocóse en melancólico el genio franco y alegre de Julio, y nadie hubiera conocido en él al jóven y brillante oficial de los primeros meses de la campaña; estaba pálido y expuesto á repetidos accesos de calentura; su constitución se debilitaba visiblemente, y era tanto el odio que turbaba una alma tan buena y afable como la suya, que ni siquiera podía conciliar el sueño.

Una excitación violenta habia producido efectos análogos en Fargeolles, á pesar de la crueldad fria y tranquila que constituía su carácter. Las personas verdaderamente susceptibles de odio ocupan un término medio entre estos dos genios; pueden ser sensibles, cariñosas é impresionables como Julio, pero no tienen como él un fondo de generosidad completa, y hasta tienen, por decirlo así, cierta dosis de perversidad que se desenvuelve segun las circunstancias, pero sin predominar jamás, como en Fargeolles, en los actos ordinarios de la vida. Así pues, aunque su odio fué para cada uno de ellos un suplicio continuo, los dos oficiales habían llegado á aborrecerse á muerte. Habia sido preciso que mediara la vida á bordo para sacarles del centro de sus instintos y hacerles implacables; porque un odio á bordo, angosto recinto donde es forzoso vivir al lado del enemigo, en nada se parece á lo que puede sentir en otras partes el corazón humano.

En la mesa, por ejemplo, ambos oficiales se hallaban cara á cara; á veces se cruzaban sus miradas, rechinaban sus dientes, apretaban convulsivamente los mangos de los cuchillos y se miraban sin pestañear durante minutos enteros. Julio sentía entonces con frecuencia accesos de calentura, y salía trastornado, desesperado, casi loco. Fargeolles tuvo varias congestiones cerebrales á consecuencia de escenas de esta clase, y fué preciso sangrarle.

El teniente era mas severo en los actos del servicio, aunque nunca se desmintió su justicia respecto de la tripulación; pero habían encontrado su corazón el recuerdo de su felicidad perdida, la incesante presencia de su odiado enemigo y la proximidad del desafío á muerte cuyos medios de ejecución estaba continuamente meditando.

Sor Aglae, y hasta Antonina, habían desaparecido casi de su memoria, y solo pensaba en su amor con estremecimiento y espanto, pues la jóven se le aparecía en la imaginación, enojada de su conducta y celosa del sentimiento feroz que le dominaba. Unicamente el odio llenaba su corazón antes tan tierno, expansivo y generoso; pero se acordaba de Pierremont,

del navío-escuela, de la *Tetis* y de la *Victoriosa*, y tenia constantemente presentes en su memoria todos los sarcasmos, ultrajes é infamias de Fargeolles.

Ya se adivinará que seria intratable en los actos del servicio especialmente con su adversario; en efecto, le reprendía en medio del puente y delante de la tripulación por el mas insignificante descuido; le mandaba que callase como á un grumete, y le hostigaba y humillaba como si temiera no ser aborrecido tanto como él aborrecía.

El señor de Kergal quiso interponer su mediación, pero le dijo Julio:

—Una de dos, mi comandante, ó soy vuestro segundo y él me obedece, ó quitadme la tenencia. Me acusasteis de debilidad y desplego toda mi firmeza. El señor de Fargeolles sirve mal, y yo no hago mas que obligarle á cumplir con su deber.

En otra ocasión, como el subteniente le respondiera con grosería, el teniente dirigió contra él una queja por escrito y pidió el castigo que por la ordenanza merecía.

El oficial superior no se negó por conservar la disciplina y el orden del buque, y cuando Fargeolles salió del arresto, se limitó á darle algunos consejos paternales, tan tiernos como inútiles.

La corbeta iba á Pondichery con una misión que debía detenerla allí algunos dias, pero tenia orden de regresar inmediatamente á la isla de Borbon. Cuando se acercaron á tierra, Renaud escribió á Fargeolles:

«He recibido el último y el mas grave de los insultos, y me pertenece la elección de las armas, la hora y el sitio. Al dia siguiente de nuestra llegada (porque el primer dia me detendrán á bordo mis deberes de teniente), saltaremos en tierra á las diez de la mañana, sin padrinos, con dos pistolas descargadas y un solo cartucho. Tomaremos tres hombres del país para que nos lleven á un sitio oportuno y seguro. Allí cargarán ellos, lejos de nuestra presencia, una de las pistolas, elegireis primero y yo tomaré la que quede. A una señal convenida, dispararemos á un mismo tiempo, á quema ropa y apuntando al corazón.»

«El oficial á quien escupisteis al rostro.»

Papillon trajo esta respuesta escrita con lápiz:

«Estoy contento; corriente. Que no haya cirujano sobre todo!»

«Vuestro enemigo mortal.»

Julio comió aquel dia con apetito, Fargeolles se burló del comisario por primera vez despues de mas de seis semanas, y los dos adversarios estaban contentos viendo llegar por fin el anhelado instante de su venganza. Y no les bastó el haberse escrito, pues se dijeron con júbilo siniestro estas palabras:

—Me quedé á bordo, y rompí la orden de desembarcar por tener la dicha de batirme con vos! dijo Julio Renaud.

—Me opuse á vuestra fuga y renuncié á ser teniente de la corbeta por batirme á muerte... á muerte! respondió Fargeolles.

—A pistola y á quema ropa!

—Muy bien!

—Tregua pues hasta entonces, dijo Julio.

—Tregua, pero á muerte... á muerte!

—Lo juro por la memoria de Carlos de Pierremont!

El fontadero de Pondichery está cerca de la orilla batida continuamente por el oleaje de alta mar y los botes no pueden llegar á tierra sin exponerse á ir á pique, de modo que es preciso valerse de barcas particulares llamadas *chelingas*, embarcaciones ligeras y planas, tripuladas por naturales del país, cuyo oficio consiste en cruzar la barra, ir delante de los botes y tomar y dejar en la orilla las personas y las mercancías.

Las exigencias del servicio detuvieron á bordo á Julio Renaud el primer dia de su llegada, y el comandante, Fargeolles y los demás individuos del estado mayor saltaron en tierra, el primero para ir á complimentar al goberna-

dor y entregarle sus despachos, y los otros para pasear por la ciudad donde ninguno de ellos habia estado.

Fargeolles volvió tarde, Julio le esperaba: ambos adversarios se encontraron sobre cubierta y dijeron en voz baja:

—Se acabó la tregua, caballero... hasta mañana!

—Mañana morirá uno de los dos.

—¡Por fin!

¡Oh! ¡cual habia cambiado á Julio Renaud la necesidad de vivir incesantemente en contacto con Fargeolles! su acento de odio no era menos feroz que el de su adversario é igual furor brillaba en sus ojos.

—Mañana, dijo rechinando los dientes, mañana nuestro desafío á muerte!

XI.

UN DESAFIO A MUERTE.

Nadie sospechaba los siniestros proyectos de los antagonistas, aunque su enemistad era evidente y esperasen todos una catástrofe, pero Papillon habia hablado á Gaussard y el antiguo gaviero estaba de guardia.

A las diez de la mañana del siguiente dia, cuando vió bajar al bote á Julio y á Fargeolles con un bulto cuyo contenido adivinó, no vaciló un instante; corrió á la cámara del comandante, y faltando á la consigna, se presentó al señor de Kergal sin anunciarse.

—Mi comandante, le dijo, el teniente y el señor Fargeolles van á tierra para batirse.

El oficial superior subió al puente con precipitación, pero el bote estaba ya á bastante distancia.

—A bordo! á bordo! gritó el capitán de fragata.

El bote siguió su camino.

—Maestre de guardia, mandó el señor de Kergal, llamad el bote al momento.

El maestre dió un silbido penetrante que debió oirse desde la orilla. Julio volvió la cabeza, vió al comandante que le mandaba con el ademán que volviera, tiró del cordón del timon para hacer virar el bote, y dijo á Fargeolles al oído:

—Nos han espiado!

—Mañana será otro dia.

No era posible desobedecer. Cuando llegó el bote, el capitán de armas lo registró escrupulosamente por orden del comandante y halló las dos pistolas.

—Venid á mi cámara, señores, dijo el oficial superior cuando le entregaron las armas acusadoras.

Cuando Julio y Fargeolles estuvieron en presencia de su capitán, recibieron las mas severas reprensiones, pero ninguno de ellos respondió.

—Comprometeis vuestra carrera, señores, y os mando formalmente que no os batáis mientras uno de los dos sirva en mi buque. Si infringís mi mandato, no vacilaré en haceros comparecer delante de un consejo de guerra por delito de insubordinación. Señor Fargeolles, advertid que atacais á vuestro superior, y vos, señor Renaud, recordad que sois segundo y que vuestro principal deber consiste en sacrificar vuestra venganza particular en bien del servicio. Callais, caballeros, á pesar de vuestra obstinación insensata, quiero ser indulgente y no os arrestaré como debia, pero os prohibo que vayais á tierra sin mi expresa autorización. Nunca saldreis del buque juntos, y si os batís á bordo ya conocéis las leyes relativas á este crimen. Salid, señores, y no volvéis que no os perderé de vista.

Los dos oficiales salieron, y Fargeolles se halló cara á cara de Julio que le dijo:

—No desisto, ¿y vos?

—Hasta mañana!

—Hasta mañana.

—¿Con las mismas condiciones?

—Con las mismas.

En el alcázar no se hablaba mas que del frustrado desafío. Gaussard y Papillon continuaban vigilando sin descanso. A las once de la noche el grumete vió entrar á Fargeolles en el camarote de Julio, pero los dos enemigos hablaban en voz tan baja que nada pudo oír.

Cuando salió el subteniente, Papillon hizo ver que dormía y corrió en seguida á dar cuenta al gaviero de bauprés.

—Bien! bien! Estaré en mi puesto, dijo Gaussard; voy á avisar á todos los compañeros, y yo no me acostaré en toda la noche.

A las cuatro de la mañana Julio subió al puente para tomar la guardia; según la ordenanza, el segundo del buque, cuando solo es teniente de navío, hace todos los días la guardia llamada cuarto del día, porque el sol asoma mientras dura.

El gaviero se había dormido sobre cubierta; uno de sus compañeros le despertó diciéndole:

—Ya hay uno, tío Gaussard: me habíais encargado que os avisase cuando saliese; haced ahora lo que pensáis.

—Creo que no tardará en salir el otro; esperemos.

En efecto, pocos momentos antes del zafarrancho, cuando dormía aun la tripulación y el albor crepuscular blanqueaba apenas el horizonte, Fargeolles subió y se dirigió hácia el teniente.

Gaussard se volvió á sus amigos y les dijo en voz baja:

—Atencion, muchachos: yo mando la maniobra; obedecedme!

—Obedeceremos! respondieron los marineros.

Papillon estaba en pié cerca del gaviero que añadió:

—Necesitaré una espada ahora mismo: búscame una al momento.

Fargeolles se reunía entonces con Julio en la toldilla, y enseñándole la orilla con la mano, añadía con voz sorda:

—Ya es hora!

El teniente vaciló, porque marchándose en semejante hora, no solo desobedecía al comandante, sino que desertaba en cierto modo del buque estando de guardia; pero su incertidumbre duro poco rato, y dijo:

—Partamos!

Después se descolgó por un cabo hasta un pequeño bote atado al caperol y le siguió Fargeolles: los dos oficiales desataron entonces la embarcación, cogieron los remos y se alejaron rápidamente de la corbeta. La fuga de los adversarios era resultado de su conversacion nocturna, en la cual Fargeolles había decidido á Julio, no solo á abandonar el buque, sino á partir estando de guardia. Es verdad que antes de bajar al bote el teniente había enviado las órdenes de servicio por escrito á un timonero para que se las comunicase á Desbagues. Este se despertó algunos minutos después, pero llegó demasiado tarde al puente, á donde había subido ya el señor de Kergal, avisado por Gaussard, y había mandado dar un silbido como el día anterior para llamar á los fugitivos, los cuales remaban con mas fuerza al verse descubiertos y se dirigían hácia el punto donde estaban las chelingas.

—Mi comandante, dijo el patron de guardia, no hay peor sordo que el que no quiere oír.

—Un bote! gritó el oficial superior.

—El mio está en la escalera preparado, dijo Gaussard.

—Mi espada! dijo el capitán.

Papillon entregó una al señor de Kergal que bajó precipitadamente al bote.

—Remad, dijo, con toda vuestra fuerza!

—Descansad, mi comandante, respondió Gaussard, que pronto asocarán.

El bote de los oficiales llevaba una ventaja considerable y bogaba por un mar tranquilo como una balsa de aceite; los dos enemigos rivalizaban en esfuerzos y se animaban mutuamente como si fueran dos hermanos.

—Adelante! Animo! decía Julio.

—Antes de dos minutos estaremos en las chelingas, respondía Fargeolles.

—¿Vamos á dirigirnos á la orilla sin detenernos para tomar una chelinga?

—Es imposible! Zozobraríamos y se mojaría la pólvora!

—¿Qué desgracia! Si la pistola estuviera cargada, nos batiríamos aquí.

—Ya lo había pensado, pero era preciso un tercero para evitar una traicion.

—Es justo! lo habeis combinado todo con mucha prudencia.

Eran horribles la sangre fria de los dos ad-

versarios, su concordia aparente, la entusiasta union de sus voluntades, siempre tan contrarias y ahora tan unidas, porque iba á ventilarse su contienda.

Alcanzaron una chelinga que salió á buscarles. Los *lascars* (1) querian naturalmente esperar al otro bote para tomar doble carga, pero Fargeolles y Julio exclamaron á un tiempo con voz amenazadora:

—A tierra! á tierra!

Los indios obedecieron, los dos enemigos saltaron en tierra, y arrojando todo su dinero á los marineros de la chelinga, les dijeron:

—Seguidnos!

—Tomad estas dos pistolas!

—Tomad un cartucho!

—Cebad las dos pistolas!

—Cargad una aparte! pronto!

—Pronto!

Los *lascars* no entendian lo que se les mandaba.

—Hacedlo, miserables! se os ha pagado, daos prisa!

—Caballero, dijo Julio á Fargeolles, retrocedamos y no miremos.

Los dos oficiales dieron catorce ó quince pasos por la orilla.

El bote del comandante había llegado en tanto delante de la barra, y los rayos oblicuos del sol iluminaban la escena que tenia lugar en la orilla. El señor de Kergal veía á uno de los indios, vuelto de espaldas á los adversarios y mirando al mar, que cargaba una de las pistolas después de haber cebado la otra; veía á Julio y á Fargeolles que hablaban con los otros dos *lascars* que les servían de padrinos, y como la chelinga que se preparaba para salir á esperar su bote no estaba aun en el mar, reflexionaba que un instante de tardanza podia causar la muerte de uno de sus oficiales.

El capitán desenvainó la espada, se alzó sobre el banco y gritó con voz terrible:

—En nombre del rey, deteneos!

Ninguno de los dos oficiales volvió la cabeza, porque el estruendo de las olas rompiendo en la barra asordaba tal vez la voz del señor de Kergal.

—Tendremos tiempo todavía, dijo friamente Julio á su adversario.

—Felizmente! respondió Fargeolles.

—Ea, majadero, las pistolas!

—Aquí están, dijo el *lascar* uniéndolas antes de volverse.

—A tierra sin parar! gritó el comandante á los remeros.

El patron penetró osadamente en la barra; el bote pasó perfectamente la primera oleada, se inclinó á la segunda y se fué á pique á la tercera. Los doce marineros que lo tripulaban y el oficial superior rodaron confundidos por la orilla donde se estrelló la embarcación.

El comandante tenía la espada desnuda en la mano cuando se levantó y le siguieron de cerca Gaussard y sus remeros. Mientras los dos adversarios habían estado en la creencia de que los del bote esperarían una chelinga para desembarcar, continuaron sus preparativos con calma feroz. Cada uno de los padrinos indios había de recibir una pistola del tercer *lascar*, quien, según sus instrucciones, solo había cargado una; pero cuando Julio y Fargeolles vieron que el bote cruzaba la barra, y especialmente cuando conocieron al señor de Kergal, perdieron su serenidad.

—Las armas! las armas! gritaron á sus padrinos.

Los padrinos obedecieron. Julio y Fargeolles tomaron las pistolas y las amartillaron. Acercáronse entonces á largos pasos uno hácia otro para colocarse recíprocamente el cañon sobre el pecho de su adversario; pero la señal de descargar no se oía, porque el indio encargado de hacerla permanecía mudo, oyendo al señor de Kergal que corría precipitadamente diciendo:

—Deteneos! deteneos! En nombre del rey, dejad las armas!

—Cuenta, miserable! gritó Julio.

—Ya contaré yo, dijo Fargeolles.

—Adelante, respondió su adversario.

—Uno! dos!... contó Fargeolles.

—No contarás tres! gritó Gaussard empujándole bruscamente; y el subteniente cayó de lado y apretó el gatillo involuntariamente. Oyóse silbar una bala y la voz de Fargeolles que decía con rabia:

—Maldicion! le hubiera muerto! Tengo derecho á su vida, y la quiero!

—Silencio, señor de Fargeolles! dijo el capitán de fragata tendiendo la espada entre los dos oficiales.

Julio estaba anonadado, con la mirada baja y la boca abierta como si no entendiera lo que pasaba en torno suyo. El populacho indio y los marineros de las chelingas corrían por todas partes amotinados, y los de la corbeta permanecían estupefactos.

—Le he salvado, murmuró Gaussard, pero no le ha faltado lo recio de un hilo de vela.

—Una chelinga y seguidme! añadió el comandante. Señor Renaud, id delante! señor Fargeolles, seguidme! Listo, Gaussard, una chelinga!

Dos minutos después, una barca del país, cargada con los oficiales y marineros de la corbeta, llevaba á remolque el bote abandonado hasta entonces á la otra parte de la barra y que no habían arrojado aun las olas á la orilla. Cuando llegaron al buque, la tripulación, ocupada en lavar el puente, suspendió con curiosidad el trabajo, y Desbagues recibió en la escalera al comandante, el cual dijo mirando alternativamente á Julio y á Fargeolles:

—Llamad al capitán de armas!

El primero estaba pálido y temblaba con el frío de la calentura sostenido por Gaussard y Papillon, pues á no ser por su auxilio se hubiera caído sobre el puente. Fargeolles estaba lívido, sus ojos giraban en sus órbitas y se inyectaban de sangre; un copioso sudor bañaba todo su cuerpo, sus facciones se contraían como las de un hombre atacado de hidrofobia, y se asia convulsivamente de un cañon.

Se presentó el capitán de armas, á quien dijo el comandante:

—Acompañad uno después de otro á estos señores á sus camarotes, y poned un centinela á cada puerta con prohibicion expresa de dejarles salir bajo ningun pretexto. Me entregareis las espadas de estos caballeros, porque han de estar arrestados hasta nueva orden.

Fué preciso conducir en brazos á Julio que se había desmayado, y el capitán de armas y el enfermero dieron el brazo á Fargeolles.

—Señor Desbagues, prosiguió el comandante, mandad enjugar el puente y tocar llamada.

XII.

DELIRIO.

Aun no había transcurrido un cuarto de hora desde la vuelta del comandante, de Renaud y de Fargeolles, cuando se mandó á la tripulación que reconociera como segundo al alumno de marina Desbagues. Los demás alumnos del buque se encargaron de los diversos deberes de los oficiales y el servicio continuó como antes. Unicamente entonces bajó á su cámara el comandante, y cuando estuvo solo, ya no se vió precisado por el decoro á permanecer impasible y frio como la justicia: había llegado para él el momento de las penosas reflexiones.

—¿Qué haré? se preguntaba. ¿Cuál es mi deber?

Su deber como oficial era antes que el de hombre. ¿Había de ejecutar su amenaza y hacer comparecer los dos adversarios ante un consejo de guerra, al uno por haber abandonado la guardia, haber faltado á una orden expresa y haber dado á la tripulación ejemplo de desobediencia, y al otro por no haber obedecido y por atentar á la vida de su superior? Por otra parte, á pesar de los hechos y calumnias de Fargeolles, el capitán de la *Severa* reconocía en Julio cierta generosidad y nobleza, y en el caso presente la desercion era digna de excusa, pues no era propia de un hombre despreciable la conducta de un oficial que olvida sus charreteras, su categoria y su posicion á bordo para batirse con un subalterno.

—Siendo jóven, confesaba para sí el oficial superior, yo tambien hubiera pisoteado la disciplina para responder á un insulto sin acor-

(1) Nombre que se dá á los marineros en la India.



Los dos enemigos se animaban como si fueran dos hermanos. (Pág. 59, col. 1.)

darme de los artículos de la ordenanza. ¿Quién de los dos tiene más culpa? ¿Me he informado acaso? No, lo ignoro. Si hubiera apoyado el desembarco del teniente cuando lo solicitó, estaría actualmente en tierra, lejos de un enemigo que, según empiezo a sospechar, es tal vez el verdadero culpable.

El capitán de fragata se acordaba entonces de mil insinuaciones de Fargeolles contra su adversario, y las veía bajo un nuevo aspecto, poco honroso para el subteniente.

—Renaud por el contrario, proseguía, siempre se ha mantenido en una generosa reserva, y únicamente hace un mes ó dos, impulsado quizás por el otro, se ha valido de su autoridad con rigor, pues ya entonces estaban dispuestos á batirse.

El recuerdo de los últimos instantes del señor Labranche servía de contrapeso á estas consideraciones favorables al teniente.

—¿No estoy obligado á proteger á Fargeolles? añadía el comandante de la *Severa*. ¿Cómo! un valiente y digno marino que rehusaba los ascensos, porque á no ser por esta circunstancia, no solo hubiera sido mi colega, sino mi jefe; un hombre probo que al perder sus hijos legó sus bienes á los parientes; un oficial adicto que me dió mil pruebas de celo; muere pidiéndome la única recompensa de velar por Emilio Fargeolles, su único pariente en el mundo, según me dijo, el único por quien vivía... un verdadero hijo para él... su hijo!..... su hijo! Tres veces diferentes se sirvió de esta expresión con particular energía. A pesar del asombro que me causaba tal expresión, juré por mi honor cumplir su postrera y sagrada voluntad, y este juramento parecía que hacía menos amarga la hora de su muerte! ¿Y ahora le castigaría siendo también culpable por no haber tenido prudencia? ¿He conocido acaso con tantos síntomas evidentes que existía un odio mortal entre mi teniente y el hijo de Renato Fargeolles? Dejé que creciese la tempestad, ha estallado, y solo entonces he tratado de oponer un dique impotente á un furor que salía de cauce. Me desobedecen; esto es propio de nuestra flaca naturaleza: cuando uno se decide á jugar la vida á un azar, ¿basta algún mandato para impedirlo? Me descuidé de tomar medidas eficaces, y á no ser por la vigilancia de un simple marinero y una multitud

de circunstancias accesorias, mi protegido hubiera cometido un asesinato. Cuando podía, no he sabido más que hacer irritantes amenazas. ¿Será forzoso acusar friamente ante un consejo de guerra á dos jóvenes cuya condenación sería irrevocable?

Tales eran los pensamientos del señor de Kergal cuando el capitán de armas entró para entregarle las espadas de Julio y de Fargeolles.

—Es preciso que os informéis de las causas de este desafío y de los antecedentes. Interrogad á la tripulación, á Gaussard y á los grumetes del estado mayor. Dad prueba de celo é inteligencia. Podría reprenderos por haber ejercido con negligencia la policía, pues debía saberlo todo por conducto vuestro.

—Mi comandante, mis atribuciones no se extienden al castillo de popa ni á la cámara del estado mayor; vigilo y dirijo la tripulación, pero...

—Basta! dijo el capitán interrumpiéndole; ya sabéis cuáles son mis órdenes.

—Me conformaré á ellas, respondió el sargento retirándose.

Pocos instantes después se hizo anunciar el cirujano de la *Severa*, y dijo:

—Los señores Renaud y Fargeolles se hallan en estado alarmante; el teniente tiene calentura, delira y llora, su cabeza arde, y su pulso es precipitado; acabo de confiarle á un marinero que me ha suplicado que le permita reemplazar al enfermero. Este cuida al señor Fargeolles, á quien acabo de hacer una copiosa sangría; ha sido preciso aplicarle sinapismos porque se ahogaba, y hace un momento estaba en un acceso de furor que me ha obligado á sujetarle por cuatro hombres mientras le sangraba. Ahora está más tranquilo, aunque dos veces ha tratado de arrojarle de la hamaca.

El señor de Kergal bajó con el doctor á las cámaras del estado mayor: en las puertas de las de Julio y de Fargeolles se veían dos centinelas armados: Desbagues y el pacífico comisario, aterrados por el drama en el que habían representado un papel involuntario, estaban sentados con los alumnos en derredor de la mesa de los oficiales y oían con horror los gritos de los enfermos.

—Me perteneces, Renaud! gritaba Fargeolles; tu vida es mía; tengo sed de tu sangre y

quiero bebérmela! Soltadme! mi puñal! ¿quién me ha robado el puñal? Muera el teniente! muera el infame! Está de acuerdo con Gaussard y Papillon!

Julio exhalaba también gritos roncados, ahogados é ininteligibles.

A intervalos, vencidos y con tardo aliento, volvían á caer en sus lechos, y un silencio espantoso seguía á sus imprecaciones.

Cuando entró el oficial superior, todos los presentes se levantaron respetuosamente y los dos centinelas presentaron las armas. Visitó primero á Julio, en cuyo camarote estaban Gaussard y Papillon al lado del teniente y le presentaban una pocion calmante que el enfermo rechazaba en su delirio.

—Papillon, decía, no digas á Antonina que me he muerto. Es tan buena y la amaba tanto! le contarás que me he quedado en Pondichery. ¿Oyes? ya pasa el cortejo; es mi entierro! Los sacerdotes cantan... ¿oyes como cantan?

—Silencio! gritaba Fargeolles estremeciéndose; voy á contar: Uno! dos! tres!..... Ja! ja! ja!

Esta carcajada salvaje interrumpió á Julio que exclamó:

—Se ríe de haberme muerto! Pero nunca será teniente de navío! Serás juzgado, miserable! Acabo de ver el consejo de guerra. Te fusilarán!

—¿Quién habla de consejo de guerra? decía Fargeolles; ¿quién habla de fusilarme?

—Los muertos resucitan, asesino de Pierremont y de Julio Renaud! Ja! ja! ja! el teniente Labranche ha entrado en mi ataúd y me ha hablado de tí!

—Mi padre! ha nombrado á mi padre! respondió Fargeolles con un estertor feroz, y con un esfuerzo desesperado saltó de la cama, se desprendió de los brazos del enfermero, rechazó á los dos centinelas y entró como un energúmeno en el camarote de Julio que quiso arrojarse al cuello.

—Mi asesino! gritó, y se trabó entonces una lucha entre los dos delirantes. Casi al mismo tiempo se apoderaron diez personas de Fargeolles y le llevaron á su camarote, donde permaneció sin sentido durante algunos momentos. Julio continuó cantando. El señor de Kergal estaba consternado.

—Mi comandante, dijo el doctor, es absolu-



Me pertences, Renaud ! tu vida es mia ! (Pág. 60, col. 2.)

tamente indispensable separarles. Si lo permitís, vamos á construir una tienda de lona en la batería para uno de ellos. Estas cámaras son muy angostas para el clima de la India y están poco ventiladas. Desearia tambien que se colocase al otro en la toldilla.

—Os autorizo para que dispongais todo lo que juzgueis necesario, respondió el oficial superior que se retiró lleno de dolor.

Pocos dias despues se aparejó para volver á Borbon. Durante la travesía se reprodujeron con frecuencia estas escenas. Aunque separados por un piso, los dos enemigos conocian que estaban á bordo del mismo buque. Todos los desvelos del médico eran inútiles: apenas lograba calmar el padecimiento físico de sus enfermos, el mal moral volvía á sumirles en su estado de demencia ó furor, y apenas desaparecian las alucinaciones de su imaginación cuando volvían á encontrarse las heridas de su alma, el odio recobraba su imperio, los mas sombríos pensamientos les oprimían y pronto se declaraba nuevamente la calentura. Cuanto mas se aproximaba el término del viaje, mas frecuentes y terribles eran los accesos.

Se trató de hacer creer á cada uno de ellos que su adversario habia sucumbido, pero no se dejaron engañar por este ardid, y decían que hubieran oído el cañonazo de honor que se dispara al morir un oficial en el mar. ¿Y por qué les impedían ir á cerciorarse del hecho?

Despues de largos combates interiores, el señor de Kergal se decidió á no dirigir queja alguna; y se aprovechó de un momento lúcido de Julio para anunciarle esta determinación.

—Gracias, mi comandante, dijo el oficial, así moriré mas tranquilo sabiendo que no estoy bajo el imperio de la ley. No os sorprendais, pero es preciso que muera; muero de no haber podido vengarme. Porque ¿me será permitido en adelante cruzar el acero contra un hombre que tiene derecho á mi vida? Le pertenece, mi comandante: tiene razon en decirlo.

—No os exalteis así, hijo mio, respondió el comandante; nuestra existencia solo pertenece á Dios y á la patria. Tranquilizaos y curaos, que ya os reconciliaremos.

—Imposible! exclamó Julio á quien la idea

de una reconciliación causaba el delirio. Me ha calumniado, me ha insultado, me ha escupido en el rostro! añadió llorando como un niño.

Mas triste aun que la desesperación del teniente en sus momentos lúcidos era su debilidad cuando la razon le abandonaba. El comandante dijo tambien á Fargeolles que no le acusaría ante un consejo de guerra, y preguntó el subteniente:

—¿Y á Renaud?

—Tampoco.

—Hubiera preferido que fuera juzgado, añadió el oficial, porque al menos moriría degradado, deshonrado y envilecido.

—Tambien vos lo seriais, replicó el señor de Kergal.

—¿Qué importa? respondió el otro con voz sombría.

Los accesos de Fargeolles no se parecían á los de Julio: su locura era siempre frenética, veía en todas partes manchas de sangre y se reía despues á carcajadas. Varias veces el doctor salió de su cámara aterrado con las inauditas blasfemias que vomitaba.

XIII.

EL HOSPITAL.

La ausencia de la *Severa* se prolongaba y no se recibía en Borbon noticia alguna de la corbeta de carga. Combatían la imaginación de Antonina mil pensamientos opuestos, y se figuraba á Julio Renaud y á Fargeolles mortalmente exasperados uno contra otro, viviendo juntos siempre, viéndose á todas horas, comiendo en la misma mesa, teniendo relaciones de servicio continuas, y no pudiendo mirarse sin arrebatos de cólera. «Sí, se decía interiormente, á bordo se está desarrollando sin duda un siniestro drama!» Aunque la joven habia vivido en un buque durante su viaje y estaba iniciada en los pormenores de la vida marítima, y aunque conocía á fondo el carácter mordaz de Fargeolles y sus perversos antecedentes, no podía figurarse la inmensidad de los tormentos de Julio Renaud, ni concebía mas que á medias las consecuencias de su odio

á bordo: sus suposiciones y temores eran menos terribles que la realidad.

—El señor de Kergal es justo, pensaba Antonina: Julio tiene tacto y gran firmeza; goza ahora de toda la autoridad necesaria para dominar á Fargeolles, y acabará por arrancarle la máscara y triunfar de sus calumnias á bordo lo mismo que en nuestra casa.

Antonina olvidaba que el conde de Bellegrave, que habia desengañado á su madre, no habia dicho nada al señor de Kergal, é ignoraba que el resultado de la muerte del teniente Labranche y hasta del ascenso de Julio habia sido acrecentar la parcialidad del oficial superior en favor de Fargeolles. No sabia que Fargeolles se habia disculpado con infernal destreza, que engañaba al señor de Kergal y que hacia esfuerzos de ingenio para demostrar que Julio le tenia ojeriza desde que entró en el servicio. El subteniente mezclando la verdad con la mentira, hablaba tambien de su desafío con Pierremont como de una fatalidad que contribuía á hacerle hostil al teniente, y finalmente, se habia granjeado el aprecio de todos los miembros del estado mayor, incluso los alumnos y el comisario. Muy terrible debia ser el odio para apoderarse exclusivamente de un carácter perverso con frialdad, hasta entonces insensible á todo, hasta para la maldición de su padre; pero es verdad que el odio es una pasión que adquiere á bordo proporciones incalculables.

El odio dominaba tambien el alma de Julio Renaud y llegaba á hacerle á su vez injusto con Fargeolles, de lo cual se alegraba este, porque las faltas del teniente justificaban la prevención con que le juzgaba el señor de Kergal. Antonina no sospechaba la exasperación de Julio, cuyo juicio recto y honradez á prueba conocía, ni sospechaba tampoco que hubiera llegado á un extremo de atrocidad la guerra declarada entre los dos enemigos, y sin embargo, vencida por su continua inquietud, no pudo ocultar mucho tiempo á sor Aglae que sabia toda la historia de su vida.

—Todos los dias, respondió la religiosa, se unen dos nombres en mis oraciones, el del amigo y el del matador de Carlos de Pierremont: todos los dias ruego por Julio Renaud y por Fargeolles despues de haber rezado por el alma de mi hermano!

Sor Aglae no dió á Cárlos el nombre de desposado; únicamente añadió con sublime resignación pero con voz trémula:

—Todos los días pido á Dios, señorita, que les reconcilie é inspire al señor de Fargeolles un arrepentimiento igual al del pobre teniente Labranche.

—Fargeolles no cree en Dios, murmuró Antonina; el demonio domina en su alma.

—Roguemos pues por él ya que es el mas culpable y ciego.

Y tomando de la mano á Antonina se arrojó. En aquel instante entraron en el hospital algunos marineros de la *Severa*, llevando en unas parihuelas un hombre delirante que habian sujetado con cuerdas. Aquel hombre furioso era el subteniente Fargeolles.

—Renaud!... Renaud!... cobarde y traidor! gritaba. Su vida es mia... me pertenece... la quiero!... Me han robado su vida!

Antonina conoció la voz del subteniente, y oyó estas lúgubres imprecaciones sin entender su significado, pues hubiera sido preciso saber las peripecias del drama que habia tenido lugar durante la ausencia de la corbeta: sin embargo, entendió bastante para que se helase su corazón y casi cayera sin sentido.

Sor Aglae la sostuvo diciendo:

—Animo, hija mía! No desesperéis del cielo!

Después la confió al cuidado de su nodriza que era la negra que la acompañaba por lo regular desde su casa á la ciudad.

Sor Aglae tuvo que dejar á Antonina para ir á cuidar del nuevo enfermo porque estaba especialmente encargada del servicio de la sala de oficiales.

Fargeolles repetía sin cesar de blasfemar:

—Me pertenece como Montaix, como Cárlos de Pierremont!

Sor Aglae tuvo bastante presencia de ánimo para decir á los marineros:

—Seguidme, amigos míos; traslademos con precaución este enfermo á la sala n.º 1.

Envió á llamar al médico de guardia y no se separó ya de Fargeolles cuyas palabras le despedazaban el alma.

—En la tumba de esos espectros que giran en torno mio adorándome, decía, veo á Montaix, á Pierremont, á su madre y á la mimita Pierremont!... Ja! ja! ja! También veo á mi padre, el viejo Labranche!... Pero no veo á Julio Renaud... Ya viene, va á venir... y bajaré!

Una risa frenética agitaba los labios del subteniente. La religiosa preparaba las vendas destinadas para la sangría que ordenaba el médico. Los marineros se retiraron horrorizados. Sor Aglae sacaba de los tesoros de su caridad cristiana la energía que necesitaba para servir como á un hermano al execrable delirante que le confiaban.

Papillon fué á ver á Antonina, la cual se levantó de los brazos de su nodriza para preguntarle:

—¿Y el señor Renaud?

—El señor Renaud, respondió el grumete moviendo la cabeza, está muy malo.

—Herido, cielos! dijo Antonina con espanto.

—No, gracias á Gaussard y al comandante, no; pero muy enfermo. No está tan furioso como el condenado Viento de proa, pero mas abatido y mas débil. ¡Oh! dá lástima, señorita, dá lástima! Es una picardía!

—¿Qué ha sucedido pues, hijo mio? Me hace temblar.

El grumete contó lo acontecido en el último viaje de la *Severa*, con su lenguaje sencillo y con acento de tristeza, y dijo que Julio y Fargeolles habian enfermado de rabia.

Escenas horribles de ardiente fiebre, de venganza y de delirio se habian sucedido á bordo hasta llegar á Borbon. Julio Renaud estaba en la agonía: el odio habia envenenado su noble corazón. Cuando la *Severa* ancló en la bahía, los oficiales parecían dos espectros. La travesía habia sido teatro de un drama siniestro que debia desenlazarse en el hospital de San Dionisio. El cirujano mayor acompañó al subteniente, atado en una parihuela. Mientras se hallaba suspendido de las cuerdas para bajarle al bote, se volvió hácia la tripulación y dijo:

—Malditos seais todos, miserables! ¡Ojalá se vaya á pique la corbeta! ¡ojalá no vuelva á pisar el puerto ninguno de vosotros!

Tal fué su despedida que los marineros recibieron con indiferencia y repugnancia. Pero cuando vieron en la misma posición á Julio Renaud, pálido como un cadáver, y tendiendo sus miradas tristes hácia sus amigos del alcázar, una dolorosa emoción angustió todos los corazones.

—Nosotros tenemos la culpa, murmuraron los marineros, debíamos haberle dejado desembarcar. ¡Pobre Corazon franco! noble y valiente oficial! Eras digno de mejor suerte!

Se presentó entonces Gaussard que apenas habia aparecido sobre cubierta desde la partida de Pondichery; dió un apretón de mano silencioso á sus mejores compañeros, y siguió con Papillon al desventurado teniente que trató de levantar la mano en señal de despedida. Los marineros se quitaron la gorra y gruesas lágrimas surcaban sus tostadas mejillas. Nadie reparó en Papillon, porque todas las miradas estaban fijadas en su amo, y sin embargo, el grumete estaba muy cambiado; una palidez extrema y una sombría tristeza habian amortiguado su fisonomía franca, su aspecto risueño, su viveza y travesura y el carmin de sus mejillas.

El bote se alejó del buque por segunda vez, y la tripulación lo siguió con los ojos hasta el puerto, y lo mismo hacían desde la toldilla los señores Kergal y Desbagues: un silencio sombrío reinaba desde la popa á la proa de la corbeta.

—Era un jóven apreciable! dijo el comandante, á quien el capitán de armas habia revelado por fin todo lo que pudo averiguar sobre las relaciones pasadas, la rivalidad y el odio recíproco de los dos oficiales.

Fargeolles fué colocado en el hospital en una sala y Julio en un aposento reservado, pudiendo creer los dos que su enemigo se habia quedado á bordo. Manifestóse al momento una mejora sensible en el estado de Fargeolles; Julio no deliraba ya, pero estaba sin fuerzas, tenia palpitaciones y desvarios, y parecia que se habia embotado el resorte de su vida.

XIV.

VENGANZA Y PERDÓN.

El conde de Bellegrave y el comandante de la *Severa*, desengañado aunque tardiamente acerca de la conducta de Fargeolles, fueron á visitar á Julio Renaud. Hacia un mes que Gaussard no se apartaba de su lado, así como Papillon que habia conseguido el permiso de continuar sirviéndole de enfermero.

—¿Señor Renaud! le decía el gaviero, á no ser por nosotros, hubierais desembarcado y estaríais bueno y tranquilo á bordo del *Cazador*: nosotros somos la causa de vuestra enfermedad. Olvidad á ese infame Viento de proa. ¡Recobrad las fuerzas!... ¡vivid para ser nuestro teniente, señor Renaud!

Julio se sonreía por reconocimiento, después fruncía las cejas y volvía á caer sobre su almohada. El señor de Kergal unía sus exhortaciones á las del gaviero y á los votos de toda la tripulación, pero Julio parecia ahogado por la pesadilla del odio. El conde de Bellegrave recordaba con espanto un hecho sabido de toda la tripulación, que habia pasado en el mismo país cincuenta ó sesenta años antes. ¡Cosa horrible! los dos adversarios, dos oficiales también, murieron de rabia por no haber podido matarse en desafío. (Histórico).

Un sudor frio recorrió los miembros del teniente cuando Antonina entró en su aposento.

—Perdonad, señorita, exclamó; venís á acusarme por mi desobediencia.

—No os acuso de nada, señor Renaud; vengo á veros y consolaros.

—¡Bien, bien, señorita! murmuró Gaussard al oído de Antonina, continuad; vos sola podéis salvarle!

—Ya estais en tierra, Renaud, dijo el conde de Bellegrave, tened esperanza; á vuestra edad la convalecencia es muy rápida.

El oficial se sonrió dolorosamente.

—¿Cómo! exclamó Antonina que entendió su triste ademán, ¡ya no tenéis esperanza! Julio, por lo que me amais, esperad... ¡os lo suplico! ¡Dios mio, tened piedad de nosotros!

Papillon fué por mandato de Antonina á la casa de la Riziere. La noticia de la catástrofe se habia ya esparcido por la isla. Cuando se presentó el grumete, el empleado y su esposa le interrogaron con ahínco.

—Venid á verme pronto, señores, venid á consolar á mi pobre amo que está en el hospital muriéndose!

No pudo continuar porque los sollozos ahogaban su voz. El señor de la Riziere se volvió hácia la vieja criolla como para decirla:

—¡Hé aquí tu obra!

Este reproche era severo y sin embargo la señora de la Riziere no hizo ninguna observación, pues la pobre mujer sentía un amargo pesar por lo que habia pasado. Llamó á Papillon aparte y le preguntó tímidamente:

—¿Y el señor de Fargeolles?

—El señor Fargeolles, respondió el grumete con dureza, está en la sala n.º 1. ¡Dios libre á la tripulación de que se cure!

Papillon, el subcomisario y su esposa se dirigieron hácia el hospital. El conde de Bellegrave iba á implorar el auxilio de sor Aglae.

Julio dijo con cariño respondiendo á Antonina:

—Pensaré en vos con ternura hasta mi último suspiro.

—Dedicadla todos vuestros pensamientos, amigo mio, dijo el señor de Kergal, olvidad vuestro odio.

—Fargeolles tiene derecho á mi vida, señor de Kergal, respondió Julio; ya que no podemos batirnos, es preciso que muera... y muero!

—Por compasión... vivid, amigo mio, vivid por mí! exclamó Antonina bañando con sus lágrimas las manos del teniente de navío.

El conde de Bellegrave encontró á sor Aglae prodigando á Fargeolles sus desvelos solícitos y cristianos: acababan de sangrar al enfermo cuyo espantoso delirio se habia calmado.

—Hermana, dijo el comandante del brig, también el otro reclama vuestra solicitud: venid á aconsejarle que perdone y viva.

Fargeolles conoció entonces á Eglé de Pierremont, y dijo con acento de horror:

—Ella... ¡vos!... ¡ah!... la hermana de... ¿Qué queréis de mí?

—¡Quiero cuidaros como á un hermano en nombre del Dios de paz!... No hay amargura en mi alma, caballero; dejad que os tranquilice mi voz, y fiaos en el celo de sor Aglae...

Fargeolles vaciló un instante, estupefacto ante tanta abnegación y generosidad; pero una extraña sonrisa contrajo en seguida sus labios, volvió á caer sobre el lecho y cerró los ojos.

Sor Aglae no mostró menos fortaleza á la cabecera de Julio Renaud, y por primera vez desde que habia tomado el velo, hizo claramente alusión á su existencia pasada.

—¡Perdonad... perdonad! decía al moribundo: si Cárlos era vuestro hermano ¿no lo era también mio?... Si Fargeolles, vuestro enemigo, ha herido vuestra alma y ha querido arrebatáros la vida ¿no ha destruido la dicha y frustrado el porvenir de Eglé de Pierremont?... ¡Dios ha devuelto á una y á otro á sor Aglae que perdona!

—Si perdono... no será para vivir... si perdono, moriré! dijo Julio con tristeza.

Desde su desafío á muerte, un odio ardiente é implacable era el violento tópic que conservaba la vida febril y por decirlo así artificial de Julio, que se creía demasiado débil para renacer por medio de un sentimiento puro como su amor; pero la hermana de la Caridad se inclinaba de vez en cuando hácia el moribundo, porque veía que se acercaba su última hora y casi no sentía bajo su mano los latidos irregulares del desgraciado Julio. Finalmente la santa jóven hizo un esfuerzo y dijo á Antonina:

—Decidle, señorita, que renuncie á su venganza; si algun imperio ejercéis sobre él, combatid su obstinación. Si aceptase la bendición de Dios, el reposo del alma podría acarrearle la curación del cuerpo.

El doctor, que se hallaba presente, corroboró estas palabras, y entonces tuvo lugar una de esas tiernas escenas que es preciso renunciar á describir. Antonina imploraba á Julio, induciéndole llorando á que alejara la idea que le perseguía, á que olvidara sus crueles

pensamientos y á que diese entrada en su corazón á sentimientos mas dignos de él; y hablaba con tanto ardor y con tan penetrante dulzura, que todos los presentes estaban conmovidos y con los ojos bañados en lágrimas.

—Cuando me falte el odio, dijo Julio Renaud vacilando, cesará de latir mi corazón.

—Perdonad, hermano mio, perdonad, aunque debais morir! añadió la religiosa con tono enérgico.

—Bien.... ¡perdono, y muero! respondió Julio.

—Si no temiera ser imprudente y que me arrojáran de su lado, murmuró Gaussard, le diría que le aconsejan una maniobra de quinto. ¡Que perdone á Viento de proa! ¡Pues me gusta la ocurrencia! Ya le daría yo en la cabeza con un remo... pero felizmente hay diablos en el infierno que no entienden de perdones, y allí las pagará todas.

Entró el cura y se quedó solo con el teniente.

La señora de la Riziere, que habia ido primero á ver á Fargeolles, le oyó maldecir á Julio con tal rabia, porque el carácter de su enfermedad era una exaltación febril y biliosa, y se repugnaron tanto la crueldad, la bajeza y la perversidad que le revelaban las palabras del subteniente, que se levantó indignada y fué á reunirse con su hija en el aposento de Julio Renaud.

Cuando se retiró el sacerdote todos se acercaron á su cama.

—He perdonado y estoy contento porque voy á morir, decía el oficial. ¡Adios, Papillon! ¡adios, Gaussard! ¡adios, señor de la Riziere! ¡adios, noble sor Aglae!... y vos, Antonina, ¡adios! Habré cumplido al menos uno de mis juramentos, el de amaros hasta mi último suspiro.

Inclinó entonces la cabeza y quedó sin movimiento. Sacaron del aposento á la jóven desconsolada.

—¡Muerto! ¡muerto! empezó á gritar Gaussard corriendo por el hospital como un loco. Se paró delante de la cama de Fargeolles, y le dijo con tono de voz feroz y con ademán amenazador:

—¡Ha muerto! ¿lo oís?

—¡Muerto!... exclamó el subteniente; ¡ha muerto y no de mi mano!

Y al decir estas palabras dió un salto, y se incorporó en la cama haciendo rechinar los dientes. El gaviero retrocedió aterrado. Los enfermeros se arrojaron sobre el subteniente y le contuvieron. Sor Aglae trató de apaciguarle, pero la maldijo vomitando un torrente de blasfemias, y mirando fijamente á Gaussard, dijo con voz ronca:

—¡Me has robado su vida! ¡Yo te maldigo!

Dijo, la sangre le ahogó y cayó para no levantarse mas. El gaviero quedó inmóvil y aterrado, y hacia algunos minutos que estaba enfrente del livido cadáver, cuando llegó hacia él Papillon corriendo y le dijo:

—Tío Gaussard, no os desesperéis; el señor Renaud vive aun: solamente estaba desmayado. Acabo de decirselo á la señorita Antonina que ha entrado otra vez á verle.

—¡Ah! exclamó el gaviero trémulo de gozo, ¡sí vive aun, me desdigo y creo en la justicia de Dios!

La señora de la Riziere estaba arrodillada cerca de la cama de Julio cuyas heladas manos calentaba.

—¡Vivid, mi teniente, vivid! dijo Gaussard abriendo la puerta; el otro sí que está muerto, y bien muerto!

Julio abrió los ojos. Habia perdonado solemnemente creyendo espirar pronto, pero habia consentido en morir y no en vivir sin odio. En lo sucesivo érale ya imposible; cuando supo que Fargeolles habia muerto, su pecho se alivió al parecer de un peso enorme y respiró mas libremente.

Antonina estaba al lado de su madre que tomó su mano y la puso en la de Julio como para unirlos. Un ligero carmin sonrosó las mejillas del jóven que pareció revivir enteramente, y lágrimas de ternura y alegría brotaron de sus ojos.

Sor Aglae continuaba orando por el matador de Carlos de Pierremont.

CONCLUSION.

Entre los papeles de Emilio Fargeolles se encontró el manuscrito del teniente Labranche que el señor de Kergal no pudo leer sin llorar.

—¡Desgraciado padre! murmuró el capitán de fragata, por grandes que fueran sus faltas ¿merecia tener tal hijo?

Emilio Fargeolles fué enterrado con toda la pompa que merecia por su clase.

El comandante de la *Severa*, el conde de Bellegrave y Bertaut, el antiguo jefe de la cámara de los alumnos de la *Tetis*, á la sazón oficial del *Cazador*, asistieron al casamiento de Julio Renaud, del que fué testigo Desbagues que habia ascendido á subteniente.

Gaussard y Papillon dieron ejemplo de la mas franca alegría á los viejos y jóvenes marinos de la *Severa*; toda la tripulación celebró con mil locuras la dicha de su querido teniente, y el contador, que no habia perdido la afición á los equívocos, incurrió lo menos en veinte y cuatro durante la comida de boda.

El relato de los festejos que siguieron al enlace de Julio Renaud con Antonina de la Riziere seria una digresion despues de las páginas dramáticas de nuestra verídica historia, y nos limitaremos á decir que durante la ceremonia nupcial repararon los convidados en una hermana de la Caridad que suplicaba á Dios con toda su alma por la dicha de los esposos, y que era la que habia regalado á Julio Renaud los cordones de oro de Carlos de Pierremont.

FIN.

LA CIENCIA PARA TODOS.

(Continuación).

105. ¿Por qué el fuego arroja tan poco humo cuando está bien encendido?

Porque el hidrógeno y las partes volátiles de la hulla han sido ya consumidos y la combustión que sigue despues es mantenida por el carbono de la hulla y el oxígeno del aire.

106. ¿Produciría llama y humo el carbono quemado con oxígeno?

Arde de una manera brillante, pero sin producir llama ni humo.

107. ¿Por qué el carbon vegetal y el cok arden sin llama?

Porque su hidrógeno ha sido extraído al tiempo de prepararlos.

108. ¿Qué es un buen conductor del calor?

Una sustancia por la cual el calor se trasmite con rapidez.

109. ¿Qué es un mal-conductor del calor?

Cualquiera sustancia que trasmite el calor muy lentamente.

110. Citadme algunos buenos conductores.

El oro, la plata, el cobre, el platino, el hierro, el zinc, el estaño, la piedra y todos los cuerpos densos y sólidos.

111. Nombradme algunos malos-conductores.

Las pieles, la lana, el plumion, la madera, el papel y todas las sustancias de textura esponjosa ó porosa.

112. ¿Cómo se trasmite el calor de un cuerpo á otro?

Por conducción, radiación, reflexión, absorción y traslación.

113. ¿Qué es conducción del calor?

La comunicación del calor de un cuerpo á otro por contacto. Si se coloca una moneda de cobre sobre una cosa caliente, recibe el calor por conducción.

114. ¿Qué es radiación del calor?

La trasmisión del calor por una serie de rayos. Si colocamos la mano delante del fuego,

los rayos del calor la hieren y en este caso recibe el calor por radiación.

115. ¿Qué es reflexión del calor?

Es el retroceso de sus rayos hácia la dirección de donde vienen. En un horno holandés los rayos de calor pasan del fuego al horno siendo reflejados otra vez hácia atrás por la superficie brillante del estaño.

116. ¿Qué es absorción del calor?

La absorción del calor es la acción de tomarlo el cuerpo al cual es transmitido ó conducido. Por ejemplo, el calor fué conducido á mi mano por radiación y tomado por mi mano por absorción.

117. ¿Qué es traslación del calor?

Es su trasmisión á través de un cuerpo, ó de un número de cuerpos ó partículas de cuerpos, por las sustancias que lo recibieron primeramente, como cuando el agua caliente sube del fondo de una caldera y comunica el calor al agua fria de las partes superiores.

118. ¿Por qué el calor de un pedazo de madera que arde por una punta no se siente en la otra?

Porque la madera es un mal conductor del calor.

119. ¿Por qué es la madera mal conductor del calor?

Porque la disposición de las partículas de que está compuesta no es favorable á la trasmisión del calórico.

120. ¿Por qué algunas telas son frias y otras calientes?

Porque algunas son malos conductores del calor y lo toman en corta cantidad de nuestro cuerpo; mientras que otras, que son mejores conductores, absorben una gran parte de nuestro calor.

121. ¿Cuál es mas caliente, el buen conductor ó el mal-conductor?

El mal-conductor, puesto que no absorbe prontamente el calor de nuestro cuerpo.

122. ¿Qué sustancias son los mejores conductores del calor?

El oro, la plata, el cobre y la mayor parte de las sustancias de formación dura, etc.

123. ¿Qué sustancias son los peores conductores del calor?

Las pieles, las plumas, la seda cruda, la lana, el hollín, el algodón, el carbon vegetal, etc.

124. ¿Por qué los tostadores tienen mango de madera?

Porque la madera, no siendo tan buen conductor como el metal, evita que el calor sea transmitido por traslación á nuestra mano.

125. ¿Por qué se pone á las cafeteras mango de madera?

Porque el metal de la cafetera, á no ser así, trasladaría el calor á la mano, lo cual evita la madera que es un mal conductor.

126. ¿Por qué se siente mas el ardor del agua caliente en una vasija de metal que en una de barro?

Porque el metal, siendo un buen conductor, trasmite luego el calor á la mano, mientras que la vasija de barro no siendo muy buen conductor comunica el calor mas lentamente.

127. ¿Cómo podemos asegurar que la madera previene la traslación del calor á la mano?

Pasando la yema del dedo por encima del mango de madera de la cafetera hasta llegar al punto donde se une al metal. Entonces se verá que el mango está frio mientras que el metal quema.

128. ¿Para qué sirve un agarrador de caldera?

Siendo hecho de un mal conductor, como madera, papel ó trapo de lana, tarda á trasladar el calor de la caldera á la mano.



El otro si que está muerto, y bien muerto! (Pag. 63, col. 1).

129. *Uno de esos agarradores, á pesar de ser mal conductor, ¿no trasladaria á veces el calor á la mano?*

Sí; pero tan lentamente que la mano no esperimentaria dolor alguno.

130. *¿Por qué el metal calentado es mas caliente que la lana calentada aunque lo hayan sido á un mismo grado de temperatura?*

Porque el metal, transmitiendo el calor con mucha mayor rapidez que la lana, lo hace tambien mas perceptible á nuestros sentidos.

131. *¿Qué se enfriaria primero, el metal ó la lana?*

La lana, porque aun cuando el metal conduce el calor mas rápidamente á una sustancia en contacto con él, no radia el calor tan bien como una sustancia negra y áspera.

132. *¿Por qué los articulos de hierro se sienten tan intensamente frios en invierno?*

Porque el hierro es uno de los mejores conductores y absorbe el calor de la mano con mucha rapidez.

133. *¿Cuál es la causa de la sensacion llamada frio?*

Quando sentimos frio, el calor se desprende de nuestro cuerpo.

134. *¿Cuál es la causa de la sensacion llamada calor?*

Quando sentimos calor, es porque nuestro cuerpo lo absorbe de los objetos externos.

(La condicion en este caso es que la persona ha de disfrutar de salud y encontrarse en las circunstancias ordinarias. Un individuo en un estado de calentura que sufriese un intenso calor producido por una enfermedad de la sangre, no podria decirse que absorbia el calor. Ni podria tampoco semejante descripcion aplicarse á una persona que, habiendo andado con mucha celeridad, hubiese llevado la temperatura de su cuerpo á un grado mucho mas elevado que el de su estado normal por la combustion interna que hemos ya descrito. Una persona que sienta calor en la cama á causa de un abrigo excesivo, experimenta este calor por el desenvolvimiento de calor interior que no

puede expeler con suficiente rapidez para conservar la temperatura natural del cuerpo.)

135. *Si una persona sentada delante de un hogar sin fuego, pusiese un pié sobre una manta de lana y el otro sobre la piedra del hogar, ¿en cuál de ellos sentiria mas frio?*

En el pié de la piedra, porque ésta, siendo un buen conductor, absorberia el calor del pié.

136. *¿Qué hace la piedra del hogar del calor que recibe?*
Lo trasmite al aire contiguo y á cualquier cuerpo que esté en contacto con ella; y cuando se desprende del calor lo toma en mayor cantidad de cualquier cuerpo que sea mas caliente que ella.

137. *Quando no hay fuego en una habitacion, ¿cuál es la temperatura relativa de los diferentes cuerpos que hay en ella?*

Tienen todos la misma temperatura.

(Se continuará.)

FÓRMULAS.

Modo de imitar los vinos extranjeros.

CHAMPAGNE.—Tómense 5 y 1/2 azumbres de vino blanco seco, al cual se le añaden 5 onzas de espíritu de vino á 34.º de Cartier, y 7 onzas de jarabe de capilera. Hecho esto, se divide el vino en botellas, y en cada una de dichas botellas se le vierte la cantidad que le corresponda de 1 onza bicarbonato de potasa y 1 onza de ácido tartárico, tapando rápidamente la botella para que no se escapen los gases, se ata con un hilo bramante el tapon y se depositan en una cueva fresca poniéndolas boca á bajo.

Este vino puede usarse á las 24 horas de preparado, y no conteniendo nada de nocivo á la salud puede usarse impunemente.

Las botellas que deben contener este vino, se han de escoger muy récias pues de otro modo se perderia mucho á causa de la ruptura de muchas de ellas que no podrian resistir á la presion que en su interior ejerce el gas que allí se desarrolla.

BUDEOS...—Vino del Priorato de superior calidad. . . 1 pipa.
Infusion de frambuesas en el alcohol. . . 2 3/4 azumbres.

Se mezcla y se deja ocho dias en reposo antes de hacer uso de dicho vino.

OPORTO...—Vino calentado por el vapor. . . 1 pipa.
Alcohol á 34.º de Cartier. . . 12 onzas.
Infusion alcohólica de cáscaras de nueces tiernas. . . 3 onzas.
Este vino se prepara como el anterior.

Modo de impedir la filtracion de los vasos destinados á contener líquidos oleosos ó espirituosos cuando estos vasos son porosos ó hendidos.

Se tomarán:

Pez rubia. 16 onzas.
Cera vírgen. 12 id.
Azufre. 4 id.
Polvos de ladrillo. 4 id.
Cal comun. 4 id.

La pez y la cera se pondrán á derretir en una olla ó puchero nuevo, despues de derretido se separa del fuego, se le añade el azufre pulverizado, y se vuelve á la lumbre para que el todo quede en fusion; en este estado se le añaden los polvos de ladrillo y la cal, agitando continuamente la mezcla para que se incorporen bien todos los ingredientes, y en caliente se aplica esta composicion en la parte hendida ó porosa, pero solo por la parte interior; exteriormente se le aplica una mezcla de;

6 claras de huevo.
2 onzas de cal de Moron.
4 id. de cal comun.

Cuya mezcla se aplica estregándola bien con la yema del dedo sobre la hendidura.

No se pueden usar las vasijas que se han preparado por este proceder sinó despues de pasados tres ó cuatro dias.

Por todo lo que antecede, F. GABAÑACH, editor responsable.

Imprenta del DIARIO DE BARCELONA, á cargo de Francisco Gabañach, calle Nueva de S. Francisco, núm. 17.